



— Dos de las obras
de la serie "Lágrimas
del desierto", que reúne
imágenes satelitales.

texto Fernando Muñoz Pace (fmpace@clarin.com)

El suelo desde el cielo

— CULTURA Santiago Espeche trabaja en la CONAE y allí halló una pasión paralela:

procesa imágenes de la Tierra que capturan los satélites argentinos, y con ellas hace ar



■ 'Dragón': una obra creada a partir de la imagen satelital de los meandros de un río del sur brasileño.



■ 'La tormenta': una imagen de la Antártida tomada por el satélite SAC C e intervenida por Espeche.

La imagen tomada por el satélite Landsat 7, desde 705 kilómetros de altura, mostraba un tramo de un río del sur del Brasil. Los meandros azules, recortados sobre un verde intenso, transformados en miles de diminutos rectángulos digitales (los píxeles) podían darle mucha información a los científicos, los ambientalistas o los economistas. Pero Santiago Espeche –un italoargentino de 34 años que trabaja en el procesamiento de estas imágenes en la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE)– no veía un río sino un dragón, igualito a los de la mitología china.

“Esto pasó en 2002 y fue el comienzo”, recuerda Espeche, que hace unas semanas llevó su arte satelital –rebusque tan novedoso como poco común– a una muestra realizada en el consulado argentino en Nueva York. El joven artista utiliza la tecnología para convertir a las tomas de satélites –el Landsat y el SAC-C, que pertenecen a la Argentina– en obras de arte. “Veo figuras en muchas de esas imágenes y recorro a diversas herramientas digitales, como el histograma (una especie de ecualizador de los colores), para acentuar unos tonos y disminuir otros, según la idea que tenga en mente”, explica. De esta manera, a partir de un concepto introduce algunos cambios en la imagen original y obtiene resultados sorprendentes. Una salina de Chile se convierte en un Cristo; otra salina de La Pampa, en un corazón lleno de sangre; los valles cordilleranos son surcos del cerebro; y el hielo antártico, un relato visual impactante al que bautizó *Lágrimas del deshielo*.

Este mecanismo diferencia a las obras de Espeche de las fotos que la NASA (la agencia estadounidense del espacio) publica en su sitio *Earth as art* (es decir, “la Tierra como arte”). “Esas imágenes son muy llamativas, muy artísticas, pero carecen de un trabajo conceptual. Por eso defino a mi arte como neofiguración”, apunta



■ Santiago Espeche y su obra en el consulado argentino en Nueva York, donde expuso en marzo.

Espeche. También son diferentes a las obras del licenciado en física Domingo Antonio Gagliardini, que incursionó en el arte satelital en 1998, basándose en imágenes del mar argentino.

Por ahora, la carrera de Espeche va en ascenso. Su actual muestra, basada en la serie antártica, irá al Centro Cultural Español de Miami en mayo. Y en agosto la presentará en el Centro Cultural Recoleta, con la curaduría del doctor Eduardo Tenconi Colonna, un reconocido especialista en arte.

NO SOY DE AQUÍ NI SOY DE ALLÁ

De padre diplomático, Espeche tuvo una vida trashumante: nació en Italia, vivió en Argelia y recorrió media Europa de niño. "Nací en Roma el 22 de diciembre de 1973, y allí tuve la suerte de estar expuesto desde temprana edad a las maravillas del arte universal, a la pizza *bianca* y a los profiteroles... Después viví en Buenos Aires unos años que alcanzaron para desarrollar mi pasión por el fútbol y el asado, hasta que volvieron a trasladar a la familia a Estados Unidos, y vivimos en Nueva York casi cinco años."

Allí trabajó como mozo, escribió poesía y estudió batería durante casi una década. "En el Museo Metropolitano, que en aquel entonces era para mí una mansión de aventuras donde jugaba a las escondidas entre momias egipcias y trajes de hierro del medioevo, tuve mis primeros tanteos con el arte. En Argelia, conocí el fabuloso mundo de Albert Camus y tuve el honor de estar en las ruinas de Tipaza, que él describe tan bien. Además, conocí el desierto del Sahara, Melilla, Marruecos, Suiza, España, Francia, Austria e Italia." Con tal nomadismo, es casi un milagro que al fin haya recalado en la Argentina.

Un encuentro casual entre su padre y Conrado Varotto, director de la CONAE, le abrió las puertas del mundo satelital. Años después, un río del sur de Brasil lo llevó al terreno del arte. Porque quien sabe mirar, encuentra su camino. ■